

PROYECTO: ARCHIVO ORAL DEL SINDICALISMO SOCIALISTA

Entrevistador: Manuela Aroca Mohedano

Entrevistado: José Luis Fernández Roces

Fecha de la entrevista: 2/07/2007

Lugar: Pola de Siero (Asturias)

CAPITULO I: Retrato familiar. La primera posguerra (CINTA-1, 00'00”)

Me llamo José Luis Fernández Roces. Nací el 4 de junio de 1940, en El Ciacal, Tuilla, Langreo. Mi padre se llamaba Rufino Fernández Fernández y mi madre Natividad Roces Fernández. Los dos eran asturianos. Mi padre era minero y mi madre se dedicaba a las labores de casa. Ninguno tenía estudios. Les gustaba leer, pero lo que más les gustaba en aquellos tiempos era escuchar la radio, una emisora que se llamaba la *Pirenaica*, porque ellos eran también muy políticos. Eran socialistas. Antes de la guerra andaban con los socialistas, pero no sé si estaban afiliados. Sé que tenían contactos. Cuando estalló la Guerra Civil, tenían muchas relaciones y muchos amigos socialistas.

Familiares muy destacados socialistas no tuve, toda la familia era afín al partido socialista, tanto de mi padre como de mi madre. Eran antirreligiosos.

Cuando nací, el 4 de junio de 1940, acababa de terminar la guerra. Nací justo después de casarse mis padres. Cuando la guerra terminó, en el 39, mi padre se casó con mi madre y estuvieron viviendo en una casa bastante ruinosa, muy mala. Mi padre era muy trabajador, trabajaba en la mina y ganaba, como todos los mineros, bastante poco. Aquella empresa se llamaba Duro Felguera y no pagaba gran cosa. Se vivía mal. Pudimos sobrevivir gracias al ganado que tenía mi abuela, y a algunas tierras que tenían mis abuelos en las que se sembraban fabes, maíz. También se criaba un cerdo, teníamos una vaca y algo de leche en casa, molíamos el maíz para la harina. Yo me acuerdo de todo aquello y fue lo que nos ayudó a tirar económicamente, aproximadamente cuando tenía yo siete años y empezaba a tener uso de

razón, que fue cuando nació mi hermano, con el que me llevo siete años. Mi hermano se llama Fernando Fernández Roces.

A partir del nacimiento de mi hermano empiezan a mejorar las cosas, se hicieron una casa de una cuadra, después la alargamos para que hubiera espacio para todos. Iba mejorando la economía. Hasta entonces habíamos vivido con los abuelos, y después mi abuelo vivía cerca.

Mi madre y mi padre me contaban que cuando estalló la República, mi padre lo pasó mal porque aquí, después de la sublevación, tuvieron que estar escondidos y apartarse de las gentes fascistas que ya existían. Era la izquierda la que gobernaba pero había que estar al tanto porque te machacaban. En el 36 hubo unas elecciones que perdimos y después vinieron a buscar a parte de la familia. Mataron a un tío. No tuvieron muchos problemas durante la República porque mi padre era joven, nació en el año 1914 y sólo tenía 17 años.

Nadie de mi familia estuvo implicado en la Revolución de 1934. Mi padre, cuando estalló la guerra, estaba haciendo el servicio militar en Valladolid, en Caballería. Vino de permiso poco después de estallar la rebelión, cuando Franco ya estaba pegando tiros por Sevilla o por allí abajo, y entonces vinieron a casa a avisarle para que se presentara en el ejército de Franco, porque ya habían entrado los nacionales en Asturias. Había ido a hacer el servicio militar con la República. En aquel tiempo, creo que se hacía el servicio militar durante tres años. Estando en el servicio militar estalló la guerra y estuvo con el bando republicano. Estuvo en el frente asturiano donde hubo muchos campos de batalla. Después le dijeron que se tenía que presentar a las fuerzas de Franco. Muchos de ellos se tiraron al monte y otros se presentaron, entre ellos mi padre. Pensó que no podía irse al monte, sin ni siquiera tener escopetas para defenderse. Esperaron a ver si aquello terminaba.

Mi madre también estuvo presa y estuvo haciendo de cocinera para los moros que estaban aquí. Los de derechas cogieron una escuela en Pella y cogieron a mujeres para hacerle la comida y hacer las camas. Mi madre estuvo trabajando allí presa, pero obrera, retenida redimiendo pena. Gracias a uno que

conoció, que contaba mi madre que quería tener relaciones con ella, y era jefe de la Falange, estuvo un poco mejor. Un día le iban a cortar el pelo. Llegó él y no les dejó cortarle el pelo, la salvó.

Mis padres ya eran novios en la guerra, pero aún no estaban casados. Cuando terminó la guerra mi padre no tuvo ningún problema porque había estado luchando en el bando nacional. A un tío mío lo mataron en Santander. Era del maquis. Había pasado para Francia y después se plantearon atacar España. Pasaron a Asturias, sin ningún sentido, para matarse por ahí. Lo cogieron y lo mataron en Santander. Está enterrado allí. No tengo a nadie más de la familia que fuera represaliado después de la guerra.

Yo estudié en otro pueblo cercano a El Ciacal, muy cerca, en una escuela mala. Venía una profesora cuando quería. Si correspondía dar la clase el lunes por la mañana, venía el lunes por la tarde y, en vez de irse el sábado, se iba el viernes. Lo hacía muy mal, sólo nos ponía a rezar y a escuchar cuentos. Tenía 6 ó 7 años cuando empecé ir a la escuela. Ésta es la profesora que más recuerdo. No hace mucho que murió. Ella se acordaba siempre de mí porque, en alguna ocasión, hizo intención de llevarme a estudiar en Valladolid, con los jesuitas, porque decía que yo estudiaba muy bien. Pero mi padre no me dejó, a buen sitio iba a parar, no querían internarme ni mi padre ni mi madre en un colegio en Valladolid. Luego estuve estudiando particularmente, cuando empecé a trabajar, porque yo veía que me faltaba algo para andar por la vida. Empecé a estudiar con un profesor particular que se llamaba Asenjo. Era mayor que yo y había estado preso en la guerra. Era muy majo, era oficinista del pozo de Mosquitera y daba clases particulares.

Cuando era pequeño no había juguetes, teníamos la peonza, jugábamos a lirio-lario, y cuando bajábamos al pueblo de Tuilla, al concejo, ya jugábamos al futbolín. Arriba no había nada, estábamos en medio de la montaña. Abajo había también cine. Arriba por no haber, no había ni luz ni agua. La luz vino en el 51. Vino a inaugurarla un gobernador civil que se llamaba Gutermín Labadía. El agua se trajo porque los hombres del pueblo fueron a buscarla a la montaña y se arreglaron para traerla hasta allí. Tampoco había carretera, eran caminos.

Cuando era adolescente, leía algo. Solía leer novelas del oeste. Bajábamos y las cambiábamos. No recuerdo bien cómo era aquello, pero creo que debíamos comprar las primeras y después las cambiábamos por otras, pagando un dinero.

Mi primer trabajo fue ayudante de albañil con un tío mío que se llamaba Luis Fernández y es el padre de Francisco Fernández Roces. Era cantero. Yo aún no tenía 13 años o los acababa de cumplir. Dejé el colegio porque se necesitaba que yo ganara algo para que la casa prosperara y mi hermano aprendiera algo. Mis padres no querían, pero mi tío me convenció, me dijo que si iba con él iba a trabajar poco, y ganaría algo. Empecé con él. Mi tarea era hacer pasta con una pala y una accesoría, que es como una hoz de cavar en la tierra, para allanar la pasta con arena y cemento. Estuve una temporada y enseguida mi tío me puso de "medio oficial". Ya me daban la pasta a mí y yo ponía ladrillos. A los 15 años ya era oficial. Estuve trabajando como albañil hasta los 20 años, con mi tío. Trabajaba conmigo Ramón García Carrio que después cayó preso a la vez que yo. Ramón se retiró hace poco de albañil, porque es un poco más joven que yo, y cumplió hace un año los 65. Él siguió de albañil porque era hijo de viuda, no tenía padre. Su padre fue uno de los que mataron en el Pozo Funeres. Estuvo trabajando conmigo.

Muy cerca de mi casa, los del monte mataron a un hombre que estaba en el monte con ellos y los trajo, se fue con los de la derecha, con falangistas. Vivía en el pueblo. Él subía al monte porque sabía donde tenían las cuevas para esconderse. Arriba en la montaña, tenían varias cuevas. Él subía a buscarlos para delatarlos. Un buen día, víspera de Ramos, cuando tenía yo 8 años –me acuerdo porque en ese año, en el 48, creo que fue en agosto o septiembre, se marcharon los últimos que quedaban en el monte- bajaron a por él y lo liquidaron. Bajaron a buscarlo y lo mataron. Otro que conocía yo y después volví a ver en Francia, mató al ingeniero en el Pozo Mosquitera. El jefe de oficinas le hacía la vida imposible y bajó un día hasta el pozo y bajó a matarle pero como no venía, mató al ingeniero sólo. Marchó a Francia. Yo lo

conocía un poco, porque yo era pequeño tenía sólo ocho años, pero él andaba por el pueblo. A los cuatro o cinco kilómetros de distancia había otro pueblo.

Empecé en la mina en abril del 60. Empecé de ayudante minero y mi trabajo era ayudar a los mineros para darle madera o coger carbón con una pala y limpiar para echarlo a un vagón, dentro de la mina. Entonces yo ya era un mozo, tenía 20 años. Estuve tres o cuatro meses de ayudante minero y después me metieron a picar carbón en el Pozo de Mosquitera, que estaba debajo de El Ciacal y pertenecía a la Duro Felguera. Empecé a trabajar en esa fecha, a pesar de que yo vivía muy bien trabajando como albañil. Como minero ganaba bastante menos, porque no quería ir a hacer el servicio militar. Trabajando en la mina tres años, quedaba exento del servicio militar. Lo había instituido el régimen para sacar carbón masivamente.

En el pozo donde yo empecé, trabajaban también unos tíos míos que eran socialistas, y eran todos vigilantes de la mina. Eran unos mineros muy buenos, aún lo son. Eran muy queridos. Había un jefe allí que los quería mucho y ellos me defendían. Después estuve de artillero. En ese momento surge mi interés por realizar tareas políticas. Me hice responsable de asuntos políticos. Como de artillero tenía que ir a trabajar por la noche, tuve que dejarlo porque mi misión era ir de día para poder hacer otras labores de la clandestinidad por la noche, como la propaganda. Tuve que volver a picar para poder hacer esas labores.

CAPITULO II: El compromiso con la organización clandestina. Prensa y propaganda en las huelgas asturianas (CINTA – 1. Min. 24'55")

Tres años antes de entrar en la mina, yo ya tenía contactos con la organización socialista. Yo conocí aquel asunto por un tío mío que me lleva cinco años. Un día que estábamos dando una vuelta por el monte, estábamos en el bar y vino alguien y le dio unos papeles a mi tío –que después estuvo en Bélgica y ahora vive en La Felguera. Yo le dije a mi tío Baudilio: “Oye, esos papeles no son muy normales. ¿Qué es lo que hay en esos papeles?”. Mi tío me contestó que me callara la boca y que le dejara tranquilo. Pero yo sabía que allí había algo.

Había reuniones y cuando yo llegaba, se callaban. Yo ya veía que había asuntos de los que no querían hablar delante de mí. Yo ya era mayor y llevaba tiempo trabajando mucho y andaba siempre con los adultos. Si tenía 17 andaba con los de 20, 22 ó 24 años. La prensa que nos mandaban de Francia y de Bélgica era *El Socialista*. Traía una letra muy menuda para que ocupase menos papel, para poder pasar la frontera ocupando el menos bulto posible.

El papel que le dieron a mi tío lo metió en el bolso de la chaqueta y yo lo vi. Mi tío estaba soltero y vivía con mi abuela, muy cerca de donde vivía yo. Era el hermano de mi madre. Yo iba a casa de mi abuela siempre que quería, me quedaba allí muchas veces. Cuando llegaba muy tarde, para que no me regañaran en casa, me iba a casa de mi abuela. Mi abuela era mi tapadera. Fui a la caza del papel y lo encontré. Era *El Socialista*. Le dije: "Baudilio, ¿por qué dices que no lo sabes, si yo sé que hay socialistas por ahí y yo no tengo manera de encuadrarme allá? ¿Qué pasa conmigo? ¿Es que yo no valgo?". Me contestaba que ya estaban ellos bastante complicados y que aquello era una cosa muy seria. Empezó a darme consejos y realmente tenía razón, en aquellos tiempos. Pero le dije que yo ya sabía lo que tenían entre manos y que si él no me ayudaba, le preguntaría a Madino o a otros que también estaban implicados. Me dijo que hablaría con aquellos socialistas para ver qué hacíamos.

Enseguida hablaron y se reunieron conmigo. Me dijeron que podía entrar como miembro de las Juventudes Socialistas en Laviana. Me decían que era un cabezón. Sobre todo un hermano de mi tío, Pacho, que tampoco quería que fuese yo. Pero yo insistí y no tuvieron más remedio que aceptarme. Me afilié formalmente en 1957, en junio.

Cuando entré como minero, el SOMA no existía. El que fundó el Sindicato Minero fue Llaneza. Estábamos en una dictadura muy acérrima. Había habido algunas huelgas y habían dado palos a muchos. En aquel momento, creo que estaba Avelino Pérez preso, también Herminio el Relojero, y otro que se llamaba Pepe Llagos. Habían caído presos, entre otros, porque anteriormente habían caído otros. Habían caído varias ejecutivas muy

seguidas, en muy poco tiempo. Emilio Barbón fue uno de los destacados de entonces, con Pedro León, y mi tío Pacho, Cayo de San Martín. No había sindicato minero, se daba una ayuda, un dinero para mantener un poco la clandestinidad y no teníamos nada. Los que estábamos controlados, estábamos detrás de algo. Pero el Sindicato Minero empieza a funcionar en firme en 1976 con secretarios como José Ángel Villa. Pero entonces lo que había era lo que leíamos y las reuniones que hacíamos. Después de entrar en la mina, empecé a reunirme con todos los mayores, con mis tíos, con Avelino Pérez, con Pedro León, con Emilio Barbón, al que llevaba en la moto, con las muletas de un lado para otro. Era curioso aquello, si lo recuerdas, piensas cómo haría yo aquello.

Yo trabajaba siete horas cuando empecé, antes trabajaban ocho. En el año 58 hubo una huelga y redujeron la jornada. Yo empecé de ayudante minero ganando 1200 pesetas. Como albañil doblaba el dinero pero tenía que ir a la mina, si no quería ir al servicio militar. Después de salir de la mina, hacía algunos trabajos como albañil para que me alcanzara porque si no, no ganaba para mis gastos. La moto me comía mucho dinero. Los que eran picadores ganaban en aquella época algo más del doble que yo, unas 2500 pesetas. Algunos llegaban a tres mil, pero eran los que menos. El sueldo no era como ahora, pero los picadores tenían un sueldo razonable. No como ahora que es mejor en trabajo y en dinero. Pero parece que se estaba dejando atrás algo que era muy pesado, que no te daban dinero, que no podías chillar porque si lo hacías te represaliaban. Entonces era a callar y a trabajar porque sabían dónde te mandaban.

Cuando fui como picador rondaría las 2000 pesetas. Después fui de artillero un tiempo y allí ganaba más, pero tuve que perderlo para poder estar libre para ir a hacer prensa y propaganda por la tarde y repartirla.

Había muchos accidentes en la mina. Era un trabajo penoso. Hay un sistema de inyección ahora, que se mete agua al carbón para que no haya polvo, porque ese polvo da silicosis. Hay un hospital en Oviedo que se llama el Instituto de Silicosis de Oviedo donde iban a parar todos los mineros con 40 y

50 años, y con mucho menos. Cuando tenías el tercer grado de silicosis ya era definitivo. Esto continuó hasta muy tarde, en que se pudo comenzar a inyectar el agua. Pero ya se empezó a trabajar algo menos. No había rellenos para seguridad del trabajo, de la capa de la que quitabas el carbón. No había rellenos para que no se fundiera la capa. Si se mataba uno, por ponerte en lo más grave, a la empresa no le importaba, te tenía como un número. Se mataba uno, ponían a otro y no pedían más cuentas a nadie. Seguía todo normal. Había rebelión pero no podíamos movernos porque en el momento en que lo supiera alguien, nos castigaban. Había vigilantes, como mis tíos y muchos más que eran de izquierda, que nos pedían que nos calláramos y no nos metiéramos en follones porque nos castigarían a todos. Pero si se enteraba alguien que no era como ellos, venía el capataz y te echaba para destinos malos, tomaban represalias. Si hacía falta te castigaban dos o tres días en casa sin sueldo.

Me acuerdo de las primeras huelgas. En el 58 hubo una huelga en el Sotón, en María Luisa. Se encerraron en la mina, llevaron comida y se encerraron. Ahí me tocó a mí ir a llevarles comida, un bocadillo que llamábamos la maleta, con pan con tortilla dentro. Había unos cuantos que eran compañeros. Llevábamos de comer para que resistiesen más días. Hasta que tuvieron que salir. Salieron y ahí cogieron una ejecutiva nuestra. Cayeron muchas ejecutivas y muy seguidas. Puede ser que cayera ahí Pepe Llagos. Emilio Barbón ahí no cayó. Puede ser que cayera Emilio de La Hueria y no sé si caería mi tío Pacho. Cayó la ejecutiva prácticamente entera, pero como teníamos contactos con la montaña –había contactos con socialistas de El Entrego, de Las Flechas, de la parte de Tuilla hacia acá, con toda la periferia-, lo más importante nunca caía porque se dejaba escondido en alguna parte, sobre todo la documentación. Poco más porque no había herramientas para trabajar.

El Sindicato Vertical era el sindicato que trabajaba para la empresa. Escogían ellos los que iban de delegados, escogían a quienes les valía. Pero enseguida empezaron a infiltrarse en el Sindicato Vertical gente de CC.OO.

Comisiones Obreras nace por aquellas fechas, pero aún no eran Comisiones Obreras. Lo que había era el sindicato único que teníamos todos. Teníamos acordado que había que dar algo para ayudarnos unos a otros, por si caía alguien preso para que pudiéramos mandarle algo. Pero no estábamos controlados por los sindicatos. CC.OO. nace en el 62 ó 61 en La Camocha. El Sindicato Vertical, cuando ibas a reclamar algo, por ejemplo una reivindicación salarial, estabas allí y llegaba el ingeniero de la empresa y te preguntaba qué querías. Le contestabas que estando él ahí, ya no querías nada porque ya te había dicho que no antes en el pozo. Y te ibas a casa. Así se trabajaba, no tenía ninguna validez.

Los socialistas teníamos como ugetistas una consigna de no entrar dentro del Sindicato Vertical porque entendíamos que eso podía derechizar la UGT. Años después llegamos a pensar que habíamos cometido un error porque si hubiéramos estado infiltrados en el Sindicato Vertical, cuando se permitieron los sindicatos, los que habían estado ya conocían la casa sindical de Oviedo, ya conocían el funcionamiento, y nosotros no conocíamos nada. CC.OO. se fundó en La Camocha. Comisiones obreras también habíamos tenido nosotros pero no nos hacían caso.

Con los compañeros de Comisiones no nos llevamos bien nunca porque Comisiones nació apoyado por el Partido Comunista. Las organizaciones católicas tenían días pagados por la empresa en los que marchaban algunas veces a Perlora, otros a Santander y decían que los llevaban a prepararse para estudiar. Nosotros no íbamos. Las relaciones con CC.OO. eran malas. Cuando empezamos a luchar dábamos un dinero para ayudar a los que cayesen presos, sin distinguir si eran de CC.OO. o de la UGT, del Partido Comunista o del PSOE. Empezamos a darnos cuenta que ellos querían llevar todo para ellos. Decían que eran ellos los que trabajaban y que eran ellos los que lo organizaban. Igual que ahora. Nunca quisimos trabajar con ellos ni ellos quisieron hacerlo con nosotros. Ellos nos llamaban fascistas mientras nosotros estábamos corriendo un riesgo enorme. Además ellos acababan de nacer y la UGT tenía ya 60 años de historia. Así fue la lucha, siempre en pugna contra

ellos. Lo mismo que está pasando ahora, ya nos pasaba entonces. Estando metidos en la cárcel nos llamaban fascistas. No hubo tortazos de chiripa.

Los comunistas que trabajaban en la Camocha, que fue donde nació Comisiones, son los que se filtraron en CC.OO. De hecho, uno de los principales autores de CC.OO. es un tal Piti, que está llevando aquí la gestora del partido en Pola de Siero, porque hubo que quitar al primer secretario. Hubo problemas. Ese Piti era uno. Pero Comisiones ya era de izquierdas y comunistas. Los comunistas se hicieron con CC.OO. y nosotros seguíamos como UGT aliados con CNT. Las relaciones con CNT eran buenas.

Yo estaba en la clandestinidad y hacíamos reuniones en el monte y tenía contactos con la ejecutiva en el 57. Al principio, no tenía ninguna tarea especial en aquella ejecutiva, sólo era un militante de base. Cuando vimos que la cosa era seria, nos involucramos nosotros. Chavales como yo, como Florentino, Ramón y otros, íbamos a escuchar a la gente que venía a dar charlas. A veces venía gente del País Vasco. Nos daban charlas sobre lo que estaba pasando en Francia o en otros países donde había democracia.

En el 60 empecé en la mina. Entonces cayó Avelino Pérez preso, también Herminio de La Hueria, el Relojero. Pepe Llagos cayó antes y creo que también Pepe León. Puede ser que cayera Emilio Barbón, el de Laviana. En el 60 se deshizo la ejecutiva que se deshacía cada cierto tiempo porque los mayores estaban ya muy vigilados. No contaban con que nosotros, los jóvenes de veintipocos años -yo en el sesenta tenía 20 años- ya militábamos. Ese año ellos lo pasaron presos, y a primeros del año 61 nos reunimos todos en el monte. Ellos ya habían salido. Mi tío seguramente no estuvo, aunque dudo porque pasaron cuarenta y pico años y ya casi no se acuerda uno. Nos reunimos todos allí. Hubo sus más y sus menos. Vino gente de fuera, del exterior, de Francia, a darnos una charla. Había gente de Mieres, de la Cuenca de Mieres y de la cuenca de aquí. Nosotros trabajábamos con las cuencas mineras, con el Pozo de la Camocha... En aquella reunión, aparte de darnos la charla, de decírnos cómo se vivía, cómo actuaban unos y otros, nos dijeron que había que dar paso a la juventud porque los mayores que estaban llevando la

clandestinidad ya estaban más que vigilados, siempre andaban detrás de ellos y había problemas. Acordamos en aquel momento, creo que sería febrero o marzo, que había que hacer una ejecutiva y teníamos que reunirnos unos cuantos para designarla. Allí fue donde salimos nosotros. Nadie sabía cómo hacerlo y dónde podíamos reunirnos tantos. Salió el tema mío. Dijeron que iban a hacerme una despedida de soltero a mí. Era falso, pero era la excusa. Pensaron en hacerla en Pola de Siero porque en esta zona aún no había caído nadie, era un pueblo "facha" del todo. Era de derecha, derecha. Vinimos para acá. Me tocó venir a mí para encargar el sitio. Ese bar ya no existe, estaba por el parque de la Pola. Le dijimos que queríamos reservar el comedor para un día, seríamos 15 y vendríamos de Mieres, de Langreo, de todas las zonas, los responsables de todas las zonas y entre ellos, yo. La anécdota es que yo traje a Emilio Barbón desde Laviana, con las muletas, en la moto. Teníamos que andar así, porque en cuanto veían montar en un coche a Emilio Barbón, ya andaban detrás de él a ver a dónde iba. Yo lo traje para aquí. Se hizo como despedida, hubo cante, estuvimos bebiendo y demás, pero ahí se hizo la ejecutiva. De ahí salió la ejecutiva en la que estaba como presidente Pedro León, primer secretario y tesorero Luis Fernández Roces, mi primo, y de prensa y propaganda de Asturias salí yo.

A partir de esa época, ya había ascendido pero tuve que dejar de ser artillero para poder ocuparme de mis tareas en la organización. El partido no tenía problemas de dinero, porque nos mandaban de fuera para hacer las tareas de clandestinidad, no para gastarlo. Nos lo mandaban de Toulouse donde estaba la ejecutiva de fuera, la de Llopis y Barreiro.

Me dijeron que tenía que hacerme cargo de prensa y propaganda. Yo me escaqueaba, les decía que era mucho lío para mí y después de discutir un poco, tuve que aceptar. Yo tuve que ir a aprender a escribir a máquina a Sama, a la casa Olivetti. Compré la máquina y me preguntaron para qué la quería. Yo contestaban que preparaba planos para la construcción y me gustaba hacer las cosas bien y por eso necesitaba comprar una máquina de escribir. La compré. Estuve aprendiendo a escribir. Con esa máquina copiábamos unos clichés,

unos cartones con doble copia y hacíamos la propaganda con una máquina que era patente de Avelino Pérez, y le llamábamos la vietnamita. Con esa ya cayó él. Cuando caímos nosotros y nos cogieron con esa máquina, fueron a por él porque decían que era patente de Avelino. Y efectivamente lo era. Fueron a detenerle y ahí fue cuando se tiró al río Nalón. Aprendí a escribir y vine para El Ciacal, a casa de mi primo que ya era vigilante y tenía dos hijos. íbamos a hacerlo a casa de él porque yo estaba soltero. Yo escribía a máquina los clichés, y con ese aparato, que lleva un rodillo, pasábamos la tinta. Era un cuadrado, de 50 centímetros de ancho aproximadamente, por 30 de ancho. Echábamos una tinta encima, poníamos el papel y después pasábamos el rollo por encima. Así íbamos calcando y sacando papel por papel.

Marcaba lo que tú habías escrito en el cliché. Tenía tres hojas. Yo era el que tenía que ir a repartirlo a Mieres, a Laviana, a Gijón. Pasábamos noches enteras porque había que pasarlo muchas veces para sacar todo el papel, uno por uno, que necesitábamos para toda Asturias. Estábamos dos o tres días haciendo papel, si había que hacer una huelga o alguna acción. Lo amontonábamos en casa de Luis. En el tejado guardábamos la multicopista, la máquina de escribir y la propaganda. En el tejado de la casa hay un hueco y ahí lo teníamos guardado.

Para ir a repartirlo, si era poca cantidad, venía mi novia conmigo y lo llevaba ella. Si no, lo llevaba yo, doblado en el pecho. Había que apurar bastante. Mi novia tenía 16 años cuando la conocí o quizá menos. No tenía inquietudes políticas. Mi suegro terminó la Guerra Civil con los socialistas en Pajares, la madre estuvo a punto de llevar palizas, una tía suya estaba casada con César Antuña que murió, vino de Francia y era uno de los históricos famosos de Francia. Pero yo la conocí como amigos del pueblo que íbamos a los bailes. Tiramos para adelante y hasta ahora.

Para repartir la propaganda, yo iba por ejemplo a Sama y se lo daba a alguien designado. Le decía que tal día iba a ir a un punto, y que me esperara para darle la propaganda. Ya sabía quién era. Llegaba, pedía algo, daba una vuelta y allí dejaba el paquete. Si iba a Laviana o a La Camocha, o a Oviedo

hacía lo mismo. Tenía un contacto previo. En la propaganda dábamos información sobre el resumen de la ejecutiva, sacado de la prensa que traían. Los contactos que había del extranjero también nos traían noticias y esas noticias quedaban plasmadas en la propaganda que nosotros dábamos. A lo mejor teníamos que llevar algo de dinero para distribuir. El primer secretario te encargaba llevar algún dinero para hacer en Sama o Gijón alguna cosa, o para gastos. Cuando la huelga de 1962, en la que caímos presos, estuvimos muchos días haciendo propaganda, llevándola y trayéndola.

Pedro León y yo tuvimos una faena. En la carretera vieja de Mieres a Sama estaba el Alto de Santo Emiliano. Es la carretera que va desde la cuenca del Caudal a la cuenca del Nalón. A Pedro León le había dado dinero y propaganda alguien que se fue a Francia. Era antes de la huelga del 62. Yo tendría que traerlo a la ejecutiva para después distribuirlo. El dinero había que controlarlo. Llegamos al Alto de Santo Emiliano con todo el material y allí había un control de la Guardia Civil. Veníamos a tope de papeles y de todo. Son cosas que cuando uno es joven hace. Cuando lo pienso ahora, con el tiempo, creo que o era muy valiente o estaba loco. Me metí en medio de ellos que estaban parando. Detrás de ellos había dos bares. Ellos estaban parando y me miraron, pero yo tiré entre ellos de frente al bar. No nos dijeron nada ni a mí ni a Ramón García Carrio que venía conmigo. A todos los que salían para allá, los cacheaban, a los que daban la vuelta para abajo, no. Estuvimos allí tomando algo. No me acuerdo ya lo que tomamos, pero sería una cerveza o algo así. Y estuvimos allí un buen rato, venga a mirar y bastante nerviosos, pensando cómo podíamos hacerlo para salir. Dijimos que saldríamos confiados, hablando fuerte, para pasar desapercibidos. Marchamos para Mieres otra vez, dimos la vuelta con toda aquella herramienta que teníamos. De allí marchamos a Mieres. Había controles por todos los sitios porque había chivatazos de que iba a haber una huelga grande. Nos fuimos a Oviedo. No sé por qué nos dio por quedarnos allí, porque decíamos que estaba todo controlado y que sería mejor pasar aquella mañana. Buscamos una posada para quedarnos y llevábamos unas carpetas donde llevábamos todo el material. Las carpetas las dejamos en

la habitación de la posada. La moto había que dejarla fuera. Marchamos a tomar algo por allí, en los bares de alterne que había al lado de la catedral. Todo el día con los ojos muy abiertos. Estábamos muy nerviosos, pensando en qué lío estábamos metidos aquel día. Fuimos a echarnos sobre las tres o las cuatro de la mañana. Dormimos algo, un poco.

Pero los que no durmieron nada fueron mi tío Pacho y Luis Roces, el que vive en Gijón, el primer secretario y toda la ejecutiva. Estaban en vela en el monte, esperándonos, porque habíamos acordado llegar allí. Cuando acudimos sobre las doce de la mañana, empezaron a decírnos: “¿Dónde estuvisteis? Me cago en dios, no tenéis conocimiento.” Tuvimos un rifirrafe de la hostia. Nos preguntaron si nos había pasado algo y le dijimos que no, que habíamos marchado “a mulleres” a Oviedo. Mi tío Pacho estaba más serio que la hostia. Me decía: “No cuentes tonterías porque ya estábamos hasta los cojones de esperaros”. Yo le contesté que no contaba tonterías, que tenía que haber estado él en la refriega que tuvimos nosotros. Al final les contamos lo que pasó y pensaron que si hubiéramos caído se habría liado una gorda, con toda la propaganda que traíamos y con todo. Traímos direcciones, contactos y de todo. Son anécdotas que nos pasaron y nos salieron bien.

Las relaciones con Toulouse eran muy buenas, había contactos cada poco tiempo. Florentino Vigil Fernández, que cayó cuando nosotros, fue a los cursillos de Toulouse. También fueron otros, como uno de Mieres, otro de Sama. Eran cursillos políticos, sobre estrategia de clandestinidad que se hacían en Toulouse, donde estaba Llopis como primer secretario, Muiño que era el “secretario de las perras”, como digo yo, Barreiro, el secretario de formación y prensa. José Barreiro tiene aquí una Fundación en Oviedo. Tenían como ayuda a Pascual Tomás como secretario de la UGT. Allí estaban todos los directivos. Se mandaban de aquí a allá con viajes pagados. El enlace que venía e iba a llevarnos las noticias era el permanente. Los que pasaron a Francia a los cursillos, iban con una dirección y todos los gastos pagados. Iban a lo mejor hasta San Juan de Luz, los recogían y de allí los llevaban a Toulouse. Lo hacían así para no complicar a los que iban de aquí para allá.

Iban los que podían obtener el pasaporte. Yo no podía porque era joven y había que tener más de 21 años.

CAPITULO III: La redada de 1962: la caída (CINTA – 2 , min. 14'44")

La huelga de 1962 generó mucha propaganda. Pusimos toda la carne en el asador para parar Asturias y la minería el Primero de Mayo. No fue una huelga espontánea. Hacía tiempo que estábamos detrás de ello. Era necesaria una huelga para recriminar a la dictadura franquista, para que subieran los sueldos. Después de salir de esa huelga nos subieron el doble de la paga. El picador que ganaba 2000 pesetas, al terminar, ganaba cuatro. El doble. No es broma. Se hizo la propaganda, se organizó muy bien. Se llevó por toda Asturias. Donde había minas, allí estábamos [1h. 10' 13" - 1h. 11'09"]. Ramón García Carrio tenía una moto, como yo. Conmigo iba Florentino. Ramón García Carrio iba a una zona determinada, él iba a la zona de Bimenes y la zona alta de la montaña, en un pozo que hay, el Pozo Lieres. Florentino y yo empezamos en La Camocha, después vinimos a Mieres, subimos y empezamos a tirar en el Pozo Fondón y en toda la parte de Sama, para llevar propaganda para que la repartieran allí. Ya habían llevado a la zona de La Hueria, al Pozo Sotón, al Pozo Venturo, para que lo repartieran allí. Después nosotros tiramos en La Mosquitera, al pozo en que trabajaba yo y al pozo Terrerón. Ramón tenía que venir a enlazar con nosotros, pero ese día fue cuando lo detuvieron. Repartíamos toda la propaganda y entonces caímos. La huelga no estaba en marcha. Era el día anterior a la huelga. El día de fiesta tiramos la propaganda. Al amanecer el día de trabajo, estaba todo infestado de propaganda. Se corrió la voz por toda la cuenca de que habíamos caído presos.

Cayó José Ramón García Carrio en el pozo de Solvay, estaba tirando la propaganda y había un guardia jurado escondido que lo vio y llamó a la Guardia Civil. Vino el guardia jurado y detuvo a Ramón. Los guardias jurados traían entonces un fusilote. Lo único que teníamos nosotros para poder defendernos era una navaja de siete muelles, grande, como la de Curro Jiménez. Aquel día lloviznaba algo y tenía un paraguas. La tiró en el paraguas.

El guardia jurado lo cogió y la Guardia Civil llamó a la secreta de Sama. Lo llevaron a Lieres y allí vino la secreta de Sama. Llegó el famoso cabo Pérez, el guardia Sevilla y dos o tres secretas de la brigadilla, muy malos y muy famosos. Lo cogieron.

Nosotros teníamos la consigna de que si caía alguien de los cuatro que estábamos rodando, tres en ese momento -éramos muchos más, pero estaban en otra zona- el primero que cayera tenía que decir que era yo el que di la propaganda. Así se cerraba el abanico. Yo descubría al secretario general que era Luis, entregábamos las máquinas, y ahí cerrábamos el círculo. Teníamos que cerrarnos a blancas para que no descubrieran a toda nuestra gente. Ramón cayó temprano, hacia las 10 de la noche. Yo y Florentino estuvimos hasta las cuatro de la mañana repartiendo propaganda. A las cuatro, dejamos la moto en Tuilla y tiramos para el pueblo, el Ciacal. A las 6 de la mañana vinieron a detenerme a mí en la cama. Acababa de acostarme.

Dormíamos en casa mi hermano y yo juntos en una cama. Empezaron a escucharse unos trompazos enormes y yo, nada más oírlos, ya imaginé lo que pasaba. Se levantó mi padre y preguntó qué pasaba. Lo apartaron y preguntaron por mí. Mi padre dijo que estaba arriba en la cama y preguntó qué pasaba. Le contestaron que nada. Lo tiraron todo al suelo, armarios y todo, para registrar la casa.

Cuando estaba allí, me pusieron el fusil en el pecho en la cama, los payasos. Me preguntaron dónde había estado la noche anterior. Les dije que en el cine y después tomando unas copas. En aquel tiempo, se llevaba mucho beber vino o cerveza. Me preguntaron con quién estuve. Yo dije que con Florentino Vigil Fernández. Si yo hubiera dicho que había estado solo, a Florentino no le habrían metido preso. Me preguntaron dónde vivía y yo les contesté que un poco más arriba. Yo no sabía que había caído Ramón, yo pensé que habíamos caído nosotros porque en Sama nos había visto la Guardia Civil. Pero íbamos con la moto y no nos vieron. Fueron a por Florentino, fuimos a Sama. Nos llevaron a un hotel que cuando la guerra lo habían convertido en un cuartel para los moros. Lo llamaban, y aún lo llaman,

el cuartel de los moros, en La Tejera, en Sama. Cuando llegué yo allí, vi a Ramón y me enteré de que era él el que había caído. Cuando pasé a su lado, se levantó un poco, estaba muy hinchado, lo habían torturado al máximo, como a todos porque allí no se salvó nadie. Me dijo: ¡Ay, amiguín, para donde vienes hoy!”. Allí palos y más palos. Dijimos que era yo el responsable y yo tenía que decir dónde estaba la herramienta, la multicopista y la máquina de escribir. Aguanté dos horas, llevando palos y torturándome, para que a mi primo le diera tiempo de guardar las cosas, porque teníamos muchas direcciones. Ésa era la consigna que teníamos, que si caímos, diéramos un margen para poder retirar las cosas. Así fue.

Tuve que decir que lo teníamos en casa de mi primo. Me preguntaron su nombre y dónde vivía. Les dije que la máquina de escribir estaba allí, y también la vietnamita. Me dieron otra paliza curiosa para marcharse. Me dejaron tirado allí como un perro, hasta que llegó un guardia de Mieres que era el que hacía de enlace de cartero de Mieres a Sama. Me levantó y me sentó en la cama, no en la mía, en la de otro. Llegó entonces otro que era un guardia negrón que parecía moro. Me empezó a decir que me quitara de la cama, a decirme hijo de puta, y a decirme que yo iba a quitarle la ropa y empezó a pegarme. Se levantó aquel guardia de Sama, que después me dijo que era hijo de minero y le dijo: “Oye una cosa, esto no son cosas tuyas ni mías, deja a ese chaval ahí si no quieres vértelas conmigo. Déjalo como está, que ya tiene bastante, déjalo, ya hará lo que tengan que hacer otros”. Se puso como un gallo con él y tuvo que dejarme porque si no aquel tío igual me “frellaba” también.

Allí estuvimos esperando a que viniera mi primo. Cuando vino mi primo eran las cuatro de la tarde. Mi primo lo escondió todo y después se tiró al monte. Se apartó de la casa y estuvo un poco escondido, pensando cómo se iba a presentar y de qué manera. Él solo lo pensó bien. Se entregó en Tuilla, en el cuartel de la Guardia Civil. Desde allí llamaron, diciendo que estaba allí el “pájaro”. Lo cogieron y lo llevaron a Sama. Y allí le hicieron pasar por la criba, igual que los demás, para ver si había más gente implicada. Nosotros decíamos que no, que éramos nosotros. Que yo hacía la propaganda y mi

primo hacía la propaganda. Cogieron la máquina de escribir, pero la documentación la habían destruido. Mi primo la guardó en una cuadra que había. La documentación no nos la cogieron. Yo tenía direcciones y tuve que comérmelas. Después por la noche, hacia las 11 de la noche, se fueron con nosotros a un prado. Pensamos que allí nos mataban. Ibamos agarrados, hasta que nos metieron entre los caballos que tenían ellos para andar por el monte. Allí estuvimos toda la noche. Y estando allí, nos arreglamos para poder sacar la cartera y las documentaciones, un carteruco que teníamos de nada, y comer direcciones, porque si caían las direcciones que traía yo, la jodíamos. Después traíamos una navaja que había que tirarla también. Era una navaja grande, como la de Curro Jiménez y no había tenido tiempo de soltarla. Fuimos deshaciéndonos de cosas. Después de pasarlo allí exageradamente mal, mirábamos a nuestros amigos y no los conocíamos. Las cejas, las narices y todo hecho un asco.

De ahí pasamos a la comisaría de Sama. En aquella comisaría nos tuvieron unas cuantas horas hasta que vinieron a buscarnos de Oviedo. No recuerdo si era para terminar de firmar papeles. A continuación, marcharon con nosotros a la comisaría de Oviedo, la de investigación criminal de Oviedo, donde dan los carnés de identidad y los pasaportes. Estaban allí los más malos que había. Estaba Ramos, y unos cuantos que eran todos secretas malísimos. Nos tuvieron allí cuatro o tres días y cada poco tiempo nos llamaban a declarar. Eso sí que es penoso. Eso es mucho peor que una paliza. Te cogían y te sentaban. Nos metieron en un calabozo que estaba lleno de sangre. Un policía nacional nos dijo que no miráramos la sangre porque fue un herido que había venido y lo había embarrado todo, pero no tenía nada que ver con nuestras cosas.

Te cogían, por ejemplo, sobre las diez de la noche o a las once y te sentaban en una mesa. Había dos hablando y no te preguntaban nada. Estabas una hora o dos. De vez en cuando te decían: "Oye, ¿cómo te llamas?, ¿dónde estuviste tal día? ¿Quién era amigo tuyo? ¿Conoces a fulano?". Pero eso era de tiempo en tiempo, palabras sueltas. Eso desquicia al demonio.

Seguían así, pasaban a otro. Éramos cuatro. Estuvimos tres días hasta que nos metieron en la cárcel. Estuvimos allí declarando tres días, pero día y noche, sin dormir, y cada poco tiempo preguntándote para desquiciarte. Llegaban allí borrachos a la puerta que era de rejas y nos insultaban, nos llamaban hijos de putas, cabrones. Iban en camisas, arremangados, medio borrachos. A las dos o las tres de la mañana te amenazaban, diciéndote: "Te voy a matar, hijo de puta". Te sentaban en la silla..., de pena.

Después pasamos a la cárcel modelo de Oviedo. El día que entramos en la cárcel tuvimos tanta alegría como el día que nos dieron la libertad. Nos dejaron en paz. Antes de pasarnos a la celda nos cogió un general, al que le habían matado un hijo los de la república. Él quería que dijéramos que éramos comunistas. Nosotros teníamos una historia escrita declarando que éramos de la UGT, que llevábamos propaganda de la UGT. Ellos insistían en que declaráramos que éramos comunistas. Comunistas había unos cuantos presos ya, anteriores y otros de algunos revueltos que hubo. Pero la gran redada fue la nuestra, en la que nos detuvieron a nosotros. Aquel general, antes de pasar a la cárcel, en el patio grande, donde se distribuyen las habitaciones, había unas oficinas y allí estaba el general Aymar. Le mataron un hijo. Dijo que no lo dejaba pasar, que de la UGT, nada que nosotros éramos comunistas. Nosotros insistíamos en que no, en que éramos de la UGT. Se armó un lío muy grande y a Luis, mi primo, que era el primer secretario, le dieron un papel que teníamos que firmar afirmando que éramos comunistas. Los cuatro nos negamos a firmar, porque no pensábamos declarar que éramos algo que no éramos. El general dijo que firmáramos y que debajo haría constar que nosotros afirmábamos que no éramos comunistas, sino de la UGT. Dijimos que sólo firmaríamos si él hacía la anotación. Lo hizo.

Decíamos que éramos de la UGT, y no del Partido Socialista, porque cargaban más con los políticos. Con los sindicalistas eran más suaves. Mientras, la huelga había cerrado todos los pozos, y reivindicaban que hasta que no nos soltaran no irían a trabajar. Y así fue. Fue una huelga de tres

meses y pico, muy dura. Teníamos contacto con la gente de fuera, porque las mujeres nos contaban algo cuando venían a vernos.

No recuerdo si la visita era todos los días. Era una hora, sobre las once de la mañana. No podíamos escuchar mucho, porque ellos estaban presentes mientras se hacía la visita y estaban pendientes. Nosotros no tuvimos juicio, sólo tengo una carta, no hubo ningún juicio.

Estuvimos veinte días recluidos en la celda. Las mujeres no pudieron vernos porque nuestro uniforme era muy malo de presentar. No nos conocíamos. Hasta que no bajó la inflamación y mejoramos estuvimos veinte días en la celda, veinte días sin poder salir al patio, en un cuartucho. Ya nos afeitamos y dejamos pasar a los que tenían libertad y estaban en los patios. Leíamos una revista, sólo podíamos leer un poco de propaganda que traían a la cárcel, de libros que se escribían de una cárcel a otra.

Después de esos veinte días, estuvimos hasta el 17 de julio presos. Estuvimos tres meses escasos. La gente estaba en huelga todavía. Cuando nos soltaron, empezaron a trabajar y a nosotros nos admitieron a trabajar donde estábamos. Ramón trabajaba de albañil por cuenta propia y enseguida empezó. Florentino trabajaba en un pozo de El Entrego que se llama La Revenga y yo y Luis trabajábamos en el pozo Mosquitera. Luis fue de vigilante, que ya lo era, y yo de picador. Empezamos a trabajar, muy bien recibidos por todos los compañeros. Todos estaban muy contentos porque habían conseguido sacarnos. Al mes siguiente, más contentos todavía. Nos dieron la mitad de la subida. Nos dieron unas cuantas perras, sobre todo para los que tenían la mujer y los hijos. A Ramón también le dieron porque tenía la madre viuda, a su padre lo tiraron al Pozo Funeres y a ese Florentino Vigil, que la madre también era viuda porque habían matado al padre en el Solvay. Económicamente el que mejor vivía era yo, bueno Luis porque ya era vigilante y tenía perras, tenía su casa y sus planes.

Seguimos allí trabajando muy bien. Pero a continuación, en agosto, creo que el 26 de agosto, saltó una huelga en el pozo Venturo. Esa huelga era para poder coger a los cabecillas que habíamos estado presos pero que habían

tenido que soltarnos por la presión de los huelguistas. Era para inculparnos la organización de otra huelga. Lo mío era lo más grave porque si me cogían, tenían pensado mandarme a Mahón. Yo estaba eximido de la mili en la mina. Si me cogían, me castigaban como militar, y me mandaban a unos cuarteles en Mahón que eran malísimos. Aquella huelga empezó. Paramos todos los pozos. Nosotros no hicimos nada porque sabíamos que estaba hecho a propósito para jodernos a nosotros.

CAPITULO IV: El exilio (CINTA 2, MIN 38'42)

El día 28 ó 29, estábamos en huelga y sube un guardia jurado a casa de Luis y mí a decirnos que estábamos despedidos de la empresa. La ejecutiva estaba deshecha, había caído presa. Los otros estuvieron en contacto con Toulouse y allí decidieron que Luis y yo teníamos que marchar al exilio. Ramón García Carrio estaba trabajando por su cuenta y el otro estaba en un pozo de El Entrego y no lo habían despedido.

Se me olvidó contar antes que, cuando a nosotros nos cogieron y nos llevaron para el cuartel de los moros, detuvieron a Avelino Pérez y vinieron con él al parque de Sama. En medio del parque de Sama se tiró al río y pasó nadando por el río. Estuvo escondido por el monte y después se marchó a Francia.

Estuvimos en casa, desde el día que nos subieron el despido, hasta el día 5. Ese día nos mandaron presentarnos en el cuartel de la Guardia Civil. Yo había estado con mi novia de noche hasta por la mañana porque creí que iban a venir a por mí un día antes. No vinieron. Llegué a casa. Conocía bien el terreno. Volví a casa. Estaba tirado encima de un aljibe de agua, cuando llegó una vecina mía de Tuilla a decirnos que nos presentáramos Luis y yo al cuartel de la Guardia Civil.

Lo que hicimos fue coger la moto e irnos. Ya había contactos. Avelino Pérez estaba de vuelta de Francia. Pacho y otros se pusieron en contacto y acordaron que el día 6, a las 8 de la mañana, teníamos que estar encima del puente en Gijón, para irnos. Nos fuimos en mi moto a Lieres y allí la dejé en un

sitio donde la reparaba a veces. Desde allí fuimos a Gijón en un taxi. Cuando estábamos en un chigre, tomando algo, llamamos al taxi y nos dijo que venía ahora mismo. Fue al pozo de Solvay, donde había caído mi amigo, y se presenta allí con la Guardia Civil. Fue de casualidad. Fue allí, no sé a qué, y le trajo la Guardia Civil. Cuando la vimos empezamos a pensar si nos tirábamos al río o no. Pero no nos dijeron nada. Nos metimos en el taxi. Le dijimos que íbamos a Oviedo y aquí, a la altura de El Berrón, en vez de tirar para Oviedo le dijimos que se dirigiera a Gijón y allí le pedimos que nos dejara en un sitio determinado para coger otro coche y poder ir a casa de unos familiares nuestros de los que teníamos las llaves de casa. Allí estaríamos desde las 8 ó las 9 hasta el siguiente día, que bajamos a las 11 de la mañana para que nos cogiera Avelino Pérez. Avelino Pérez venía en un taxi que era de Laviana, de un compañero del partido, y ya venía Herminio el Relojero con él. Paró el taxi detrás de nosotros. Nos cogió y marchamos.

Fuimos a comer a mediodía a Santander y de allí pasamos a Bilbao. Estuvimos en Bilbao unos tres días. Estuvimos con los compañeros de Bilbao, entre otros con el que fue más tarde presidente del partido, Ramón Rubial, y otros más. Allí, hicieron los preparativos para pasarnos por el monte a Luis y a mí. Avelino Pérez ya pasaba por la frontera como Pedro por su casa. Tendrían que pagar bastante para pasarnos a todos, sería mucho.

Lo hicieron coincidir así, pero era un día que estaba Franco en San Sebastián. Fue una anécdota muy curiosa. Estaba Franco y había una gran cantidad de guardia que veíamos y de "secreta" que no veíamos. Había muchísima gente. Paró el coche de Bilbao y nos dejó en San Sebastián, donde más gente había que es el mejor sitio para esconderte. Fuimos a ver a Franco. Estábamos arrimados a la barandilla viendo la fragata y los toques de música del ejército. Nos llega la consigna de que teníamos que marchar. Según pasé la acera, Luis vino y lo atropelló un coche. Pegó un salto y se metió a la acera. El coche aparca y el conductor propone llevarlo a la Cruz Roja o a donde fuera para que lo vieran. Luis decía que él no tenía nada y el señor insistía en que no se quedaba a gusto sin llevarlo al hospitalillo o a algún sitio para que lo

examinaran. Y mi primo decía: "Que no hombre, que quítame de delante, que no quiero yo ir a ningún lado". No sé si nos dio una dirección por si acaso, le convenció Luis porque le decía: "¿No ves que el pie dobla?" Si estaba roto, doblaba igual.

Un coche cogió a mi primo. No el que lo atropelló sino otro coche que vino. Fueron Avelino Pérez y él. Avelino Pérez fue hasta la frontera que estaba cerca. No sé cómo se arreglaron. Yo fui con una moto, una Vespa, hasta un pueblo que creo que se llama Vera, en la falda de la cordillera tirando hacia Navarra. Es un pueblo en donde había minas de monte, las vimos al otro día. Nos metieron en un chalé, y en ese chalé nos dijeron que no saliéramos de allí. Estaba todo controlado por los del partido de Bilbao y por los guías que nos iban a llevar. Estuvimos allí, mirando por las ventanas. Salíamos un poco al patio, tomando algún refresco. Después nos dieron la cena, pero no cenamos porque ¿quién tenía ganas de cenar con aquellos problemas tan gordos que teníamos?

Al otro día por la mañana, llamaron a la puerta. Llegaron dos mozos como pinos de grandes, curiosos. Preguntaron por José Luis Fernández Roces y Luis Roces. Nos dijeron que había que tirar toda nuestra ropa. Nos dieron un pantalón de deporte y una camiseta. Cuatro perras que llevábamos y cuatro direcciones las metimos en un bolso. Nos quitamos la ropa y nos pusimos unos playeros. Nos dijeron que íbamos a tirar por el monte arriba. Ese día se podía pasar por el monte porque era fiesta. Al ser fiesta, se podía pasar gente para acá y para allá. Los que pasaban el ganado a Francia, iban por la parte de San Juan de Luz hasta Vera. Había senderos de pasar ganado y caballos. Nosotros veíamos la Guardia Civil, pero lo guías nos decían que no nos preocupáramos, ni hiciéramos tonterías, que pasáramos tranquilos y hablando fuerte porque no pasaba nada. Así era, si caíamos, caímos.

Llegamos a un sitio que había un fielso muy grande, más que yo. Ponía Francia. Nos abrazamos a aquel fielso: "La puta que lo parió, ya estamos salvados". Tiramos en dirección a San Juan de Luz. Allí cenamos. Anduvimos mucho, más de 10 kilómetros. Era más llano. En San Juan de Luz estaban

esperándonos. Nos llevaron en tren hasta Toulouse y allí fuimos recibidos por todos, por Llopis y unos cuantos más. Estaba Barreiro, que es de Asturias y tenía muchas ganas de conocernos, estaba Avelino Pérez, y otro que se llamaba Simón, que aún es diputado por Madrid. No, el que fue diputado, fue Miguel Ángel.

Estuve una semana en Toulouse. Hacía bastante calor en Toulouse. Era la primera quincena del mes de septiembre. Al día siguiente de llegar, nos llevó un rapaz, un chaval joven, a comprar ropa a unos almacenes grandes. Nosotros nunca habíamos visto aquellos almacenes, tan grandes, con escaleras eléctricas. ¿Qué íbamos a haber visto nosotros, si estábamos como las cabras por el monte?

Desde allí nos fuimos Luis y yo. Nos mandaron a un pueblo que se llama Valence, al este de Francia. Nos enviaron para formar una sección, pero allí no quisieron. Era gente ya mayor y los exiliados no quisieron saber de nosotros. No pudimos recuperarlos. Lo pasamos mal porque yo era albañil, pero Luis era peón y no le alcanzaba. Teníamos que ir de hotel, escaseaba mucho la vivienda. La segunda Guerra Mundial destruyó todo y había escasez de viviendas. Estuvimos allí el resto de septiembre y octubre y quizá parte de noviembre. Quisimos marchar para el norte, para un pueblo que se llama Reims de Savatier Valenciennes¹ de la provincia de Lille, del norte de Francia. Y allí fuimos a trabajar en la mina. Estuvimos en la mina, yo no mucho porque la mina era allí muy dura. En la primavera salí para la construcción, pero Luis, mi primo, igual estuvo allí un año. Estando allí llamé a mi mujer y nos dieron casa. En la mina nos dieron una casa. Se pasó mucho frío. Fue uno de los años más fríos. Llegamos a tener 32 grados bajo cero. Una frialdad enorme. Las mujeres estaban en casa. Había dos cocinas de carbón y teníamos todo el carbón para atizar que quisiéramos, porque éramos mineros. Y también leña. Abajo había un recinto para lavar la ropa, para tener una moto, una bicicleta. En la planta de arriba había un comedor y una cocina, y en la de más arriba

¹ Nota de la entrevistadora. No he podido confirmar cómo se escribe el nombre del pueblo.

dos habitaciones más. Allí estábamos Luis, mi primo y mi prima y mi mujer y yo, con los hijos de Luis.

Un buen día fui a Lieja para ver a un tío mío -al que le pregunté qué papel tenía en el bolso y descubrí que era *El Socialista*, mi tío Baudilio. Fui a verlo y estaba en Lieja, no era exiliado, se había marchado para vivir mejor, era emigrante. Se marchó en el 57. Cuando llegué allí, me estuvo enseñando cómo era aquello. Me gustó mucho. Donde estábamos en Reims de Savatier había muy pocos españoles, y los pocos que había eran muy viejos. Allí se vivía muy mal. No podías pedir nada porque no entendía el idioma, todo era con señas. Donde estaba mi tío había muchos bares españoles y muchos comercios españoles, sobre todo de Asturias. Había bailes de Asturias. Yo vi la papeleta y di la vuelta para Francia. Entonces estaba mi mujer en estado de una hija que tuvimos que nació en Bélgica. Había venido a España porque le sentó mal el embarazo y estuvo dos meses con los padres. Cuando llegó mi mujer y me encontró le dije que íbamos a marchar para Lieja. Mi primo decía que estábamos allí bien y que me dejara de tonterías. Pero yo insistí y mi mujer y yo nos marchamos a Lieja.

En Lieja empecé a trabajar en una fábrica de caucho. Estábamos sin documentación. Mi mujer tenía pasaporte como turista. Nos habíamos casado en Reims de Savatier en Francia, pero la carta de refugiado político no la teníamos aún. Nos la trató Barreiro desde Toulouse que era el que estaba en contacto con nosotros, sobre todo con Luis. Empecé a trabajar allí y estuvimos muchos años. Nació mi hija. Estábamos viviendo en una casa, ya el sueldo “calzaba” y estábamos bien. Pero después no fuimos a vivir a la capital de Bélgica. Allí vivíamos mejor porque yo estaba en la construcción y mi mujer trabajaba también. Una tía de ella fue a por mi hija y la trajo a España, con los padres de mi mujer. Y ella empezó a trabajar y ganaba algo. Estábamos bien económicamente. Estuvimos hasta el 68.

Allí teníamos agrupación sindical. Volví a recuperar lo que hacía antes, la prensa y la propaganda. Andábamos por allí repartiendo *El Socialista*. La sección de Lieja era muy buena. Había mucha gente, estaba mi tío Baudilio.

Estuvimos muy integrados. Estuvimos con Andrés Saborit y tenemos fotos con él y con más gente que pasó por allí, destacados dirigentes de antes de la guerra. En una ocasión quisieron marchar con nosotros para México pero ya desistimos.

Mi primo se había quedado solo con los paisanos en Francia y fue a verme y en cuanto llegó empezó a llamarle gente que había trabajado en la mina con él y que eran emigrantes que estaban allí haciendo su vida, y me dijo que le buscara trabajo que se venía también.

CAPITULO V; La vuelta a España y el trabajo para la democracia (CINTA-3, min. 00'00")

Después vine para acá por unas amistades que tenía mi suegro. Pude ir al servicio militar sin que me metieran preso. Mis suegros ya eran mayores y había muerto un hermano de mi mujer. Estaban solos y querían que vinieran a arroparlos. Lo pensamos bien y vinimos. Fui a hacer el servicio militar a Madrid. Estuve en Colmenar Viejo, en los meses de instrucción. Pasé al apartado de maternidad del Gómez Ulla. No tuve ningún problema. Vine y entré en la mina en el 69. Y volvimos a las andadas porque no podía ser de otra manera. Entré en el Pozo. Estuve dos años dentro en el Pozo Sotón, cerca de El Entrego. Cambié después para el pozo Pumarabule. No me llevaba bien con uno que era vecino nuestro y era el capataz. Era el jefe de la Falange de allí. Me traía por la calle de la amargura.

Vine para el Pumarabule y sin problemas. Seguimos teniendo contactos con todos los de la clandestinidad. No tan activos como antes, pero sí teníamos contactos con gentes de Bilbao que vinieron a un sitio que llamamos La Campeta, cerca de Sotondio. Vinieron Múgica y Varela.

En Pumarabule pasé los años setenta y pico, en la clandestinidad, pero sin ocupar ningún cargo. Yo vine a vivir a Pola de Siero en el 70 y uno que estaba aquí, Felipe Montes, me decía que teníamos que hacer algo, una casa del pueblo que no había aquí. íbamos a reunirnos a un bar que tenía una paisana que era de izquierda cerrada y su hijo igual. El bar estaba enfrente del

parque, junto al ayuntamiento. Empezamos a perder el miedo, la guardia civil tampoco iba ya mucho detrás de nosotros. Pero estábamos vigilados, si había un entierro de alguien, estaban detrás de nosotros. Una vez en el cementerio de Cocalín, un guarda secreta “me metió los muertos” preguntándome dónde estaban los socialistas. Yo le dije que yo no tenía nada que ver con eso, que yo ya tenía olvidado mi asunto, y que me dejara tranquilo. Ese tenía miedo a mi suegro que por razones de la guerra, tenía una amistad muy grande con el jefe de la brigadilla de Oviedo. Quería a mi suegro mucho porque lo había salvado de que lo liquidaran. Estábamos en el pozo y teníamos alguna reunión. Cuando íbamos a tomar algo siempre hablábamos de política y estábamos pendientes de lo que nos gustaban. Logramos hacer unos cuantos compañeros no afiliados pero sí simpatizantes.

Cuando murió Franco empezamos a trabajar más en firme. Ya nos reuníamos descaradamente. En Suresnes no tuve ninguna participación. Nos llegaban las noticias de los congresos del partido. Conocía de oídas a Felipe González. Aunque también lo había conocido personalmente en Tarna. Y también a Alfonso Guerra. íbamos clandestinamente a hacer fiestas de Tarna. No me acordaba de eso.

(Me enseñan una foto del entierro de Agustín González. Felipe González y Alfonso Guerra llevan el féretro). Empezamos a trabajar en la misma casa, nos hicimos con un bajo para poder hacer cosas del Partido y de la UGT, pero cada uno por su sitio. Es cuando ya nos defendemos como partido y como sindicato. Yo en el partido sigo como siempre, desempeñé cargos políticos, como tesorero del partido aquí en Siero y de vocal, muchas veces. Pero en ese tiempo, en el 76, estaba más implicado con el Sindicato Minero, que me liberó y me designó primer secretario en el Pozo de Pumarabule. Estaba todos los días ocupados con los congresos: en Mieres, en Sama, en otros lugares. Luchamos mucho en la minería y conquistamos muchas cosas.

Seguí siendo primer secretario del SOMA-UGT hasta el 82. Después pasé a ser vigilante en la mina y estuve llevando los cuadros técnicos del Pozo. Dejé mis labores en el sindicato y entró otro en mi lugar.

Cuando murió Franco tuve un alegrón “de la virgen”. Tuvimos mucho miedo y mucho respeto cuando el golpe de Tejero, en febrero de 1982.

No asistí al XXX Congreso de la UGT en Madrid. Me acuerdo que hubo mucho lío entre CC.OO y UGT. El Sindicato Minero tenía muchas casas del pueblo en toda esta zona minera. Las casas del pueblo eran casas sindicales que hicieron los obreros pagando un duro para tener una casa donde ir a discutir. CC.OO. quería también hacer algo similar y no lo logró. Teníamos en las dos cuencas, en casi todas las poblaciones. Hubo muchos líos por ese motivo. No recuerdo que hubiera reuniones con CC.OO. por otros asuntos.

Hubo un gran aumento de la afiliación. En el año 79 son las municipales. En el 77 salió Adolfo Suárez hasta el 81. Llegaban como moscas a la UGT. Sabíamos que tendríamos ese éxito. La minería era de izquierdas por razones éticas. Todos los pozos eran de izquierdas cuando estalló la revolución de octubre. El 90% -no bajo ni un centímetro- eran de la UGT y del Partido Socialista. Y esa otra pequeña parte hasta el 100, eran los comunistas que no tenían sindicato. En cuanto empezamos a tener un poco de libertad y a no tener problemas por ser ugetistas, se notó en la afiliación. Me acuerdo de cuando salí primer secretario del pozo, me situé fuera de la casa de aseo, donde nos cambiamos la ropa. Pusimos unas mesas para apuntar gente libremente a la UGT, y ellos también a CC.OO. Nosotros teníamos una cola como si fuera la cola del pan. Era sabroso llevar el tema. Después se complicaron un poco las cosas, hubo rencillas de gente que cambió la chaqueta. No sabían qué hacer para medrar y ahí nos perdimos un poco. El SOMA-FIA-UGT, el sindicato de la minería, sigue teniendo la mayoría absoluta. El partido en Asturias ya se ve. Asturias es la cuna del socialismo.

Recuerdo los momentos del golpe de Tejero como un momento muy tenso y muy duro. Recuerdo que estaba yo en la sede del partido y mi mujer estaba en casa. La llamé, no recuerdo para qué, y ella me dijo lo que sucedía. Yo le dije que ya lo sabía y no había querido decirle nada. Vine a casa y le mandé que tirara papeles, con información de direcciones y cosas que podían complicar a terceros. Lo mío ya estaba bien complicado porque todo el mundo

sabía quién era yo. Llegué a casa y dije que iba a ir a la casa del pueblo y a lo mejor no volvía. “A lo mejor escapamos unos cuantos a algún lado porque esto está muy complicado, está copado el Congreso y puede haber muertes. Están por ahí revueltos los fascistas yendo por los cuarteles y no sé lo que pasará hoy todavía. Tú estate tranquila”. Mi mujer decía que si yo me iba, ella se iba también. Hubo mucha tensión.

En las elecciones de 1982 participé mucho con la propaganda. El éxito habíamos empezado a sospecharlo cuando fuimos a Madrid a decir, “De entrada, OTAN, no” Y después fuimos otra vez a decir “OTAN, Sí”. No sabíamos matizar muy bien lo que significaba decir “OTAN, sí” u “OTAN, no”. Sabíamos que significaba tener una fuerza que sería positiva para la democracia, pero no sabíamos el alcance. Decíamos “no” para tener el caldo a favor nuestro. Después hubo que rectificar y también fuimos a decir “sí”. Yo me sumé a la consigna oficial.

Las movilizaciones contra el gobierno socialista había que hacerlas. No nos agradaba mucho por nuestra doble militancia. Sabíamos que podíamos perjudicar al partido, pero también sabíamos que no podíamos ceder nada. La UGT tenía que seguir reclamando muchas cosas, y no quedaba más remedio. Queríamos llegar a acuerdos con los socialistas para retirar las huelgas. Se hicieron tres huelgas generales, pero conseguimos muchas cosas, gracias al Partido Socialista y al sindicato que fue muy valiente en retirarse y en reclamar a tiempo. No íbamos como CC.OO. a tirar el gobierno abajo. El Partido Comunista pensaba que iba a tener muchos seguidores y no tuvo a nadie. Nosotros teníamos miedo a los de la derecha, no a los comunistas porque sabíamos que no tenían a nadie. La UGT dio el paso específico que era necesario en aquel momento, sindicalmente, y para el partido, en todas las campañas que hubo. Allí estábamos.

Cándido Méndez físicamente, como persona, no nos agradaba mucho y pensábamos que no iba a desarrollar bien el trabajo como primer secretario. Pero los que fueron al congreso, como José Ángel Villa que era nuestro

secretario en esta zona, nos dijeron que ya lo veríamos trabajar, que era un hombre muy positivo. Creemos que lo está haciendo bien.

La crisis de la cooperativa PSV nos hizo pasarla muy mal. Trascendió hasta Gijón.

Cuando ganó el PP entendimos que la clase trabajadora estaba cambiando de signo. Antes no había nada y se habían conseguido conquistas sociales, tanto en la Seguridad Social, como en días de trabajo –antes trabajabas de lunes a sábado y más horas, algunas empresas trabajaban 9 horas y después se pasó a 8 y la minería a 7. El tanto por ciento que te quedaba de accidente empezó a ser el 100% y el 75% en enfermedad, y eso era muy positivo. Las vacaciones también habían sido conquistas sociales. Lo primero que nos valió mucho en la minería fue descansar los sábados. Teníamos más fiestas y más días de vacaciones. Cobrábamos más por las vacaciones. Todo fue resultado de reivindicaciones que se hicieron y que salieron bien. Hoy están todavía en vigor.

Yo me jubilé en junio del año 1990, por el Régimen Especial de la Minería. Ahora estoy en mil sitios, no me dejan descansar. El día 11 nos vamos, mi mujer y yo, a La Manga, a un Congreso de jubilados y pensionistas, una asamblea a nivel nacional. Ahí vamos los pensionistas y jubilados. Soy primer secretario en Siero. He mantenido mi actividad también a nivel de partido. Siempre en activo. Hubo unos tiempos en el pueblo que no nos llevábamos muy bien. Unos éramos más críticos y otros menos. Los que éramos más críticos, perdíamos el ritmo. Hubo una temporada que estuvimos un poco enfadados y apartados del tema. No enfadados pero cada vez que querías hacer algo te resultaba difícil.

Hay varias lecturas porque hay algunos que opinan que en Asturias hubo una pugna entre el sindicato y el partido por el control del poder real, pero nosotros opinamos que no, porque el Sindicato Minero, al ser la fuerza más potente de la política de Asturias, fue quien fue metiendo a los presidentes, el que fue tirando e impulsando, pero enseguida la UGT provocó enfrentamiento en las cuencas. Hubo pulsos. Recientemente, José Ángel Villa, es posible que

porque quisiera dejarlo como segundo de la lista y dejó a Javier Fernández que es el primer secretario del partido. Dijo que dejaba a Javier y él se quedaba en la reserva porque él con el sindicato tenía bastante. Tampoco gasta mucha salud. Pero, sí, sí hubo tensiones.

La política de Rodríguez Zapatero nos gusta a algunos porque es una política de izquierdas, de izquierdas. Estábamos pasando por algo que podría ser conservador pero es de izquierdas, de izquierdas. Creemos que va a volver a ganar las próximas elecciones porque lo está haciendo bien y está cumpliendo. El Partido Socialista está en el gobierno y tenemos unos testaferros del PP que nos están fastidiando con el cuento de la ETA, con el cuento de Chaos y de ANV. Ya vemos que en la campaña que va a empezar, el PP estará encima de esos temas. Entendemos que Rodríguez Zapatero es de izquierdas porque es muy serio y lo que dice en campaña lo cumple. E incluso sin decirlo, va haciendo las cosas. Cumple sus compromisos como la salida de la guerra de Irak. Son cosas duras de hacer, pero se hicieron. Es posible que esté haciendo una política algo oculta con la ETA porque hay que negociar. Todos los gobiernos que han pasado han intentado negociar con ETA. Es su obligación. La ETA hay que eliminarla como Inglaterra eliminó el IRA.

La UGT está haciendo muchas cosas. En la Seguridad Social está haciendo cosas maravillosas como la Ley de la Dependencia. Yo estuve en un congreso en Madrid hace dos años. Ya se había aprobado entonces. Se están haciendo centros de Día, para recoger a los ancianos, casas de protección. Se está consiguiendo mantener la subvención al 100% de las medicinas, se están subiendo los sueldos a los que tenían menos paga. No tanto como ellos quisieran, pero entendemos que se ha subido ya un 25% desde hace poco. Menos sería nada. Detrás de todas esas conquistas sociales está la UGT.

No sé cuál será el futuro del sindicalismo. Es necesario tener seriedad, no apartarse de la clase trabajadora, estar muy cerca del día a día de los obreros, ir al tajo para saber qué hacen y reclamar sistemas de seguridad

dentro del trabajo. Que los sindicalistas no sean hombres de sillón, sino de empresa. Que vean allí lo que está pasando. Creo que lo demás irá bien.